

LA DIMENSIÓN MARIANA DE SAN JUAN PABLO II

Un carisma mariano para la Iglesia

PARTE VI

Madre Adela Galindo, SCTJM

Fundadora



AÑO JUBILAR

San Juan Pablo II no podía separar la celebración del Año Jubilar del 2000 de su dimensión mariana. El jubileo del nacimiento del Salvador está ligado plenamente a su Madre, ya que a través de Ella viene el Redentor al mundo: lo trae y lo presenta al mundo (*“Redemptoris Mater”*, 3): “En la perspectiva del año 2000, ya cercano, en el que el Jubileo bimilenario del nacimiento de Jesucristo orienta, al mismo tiempo, nuestra mirada hacia su Madre”.

RAZÓN PARA HACER UN AÑO MARIANO: la oportunidad de hacer preceder tal conmemoración por un análogo Jubileo, dedicado a la celebración del nacimiento de María. Es constante por parte de la Iglesia la conciencia de que María apareció antes de Cristo en el horizonte de la historia de la salvación. Es un hecho que, mientras se acercaba definitivamente “la plenitud de los tiempos”, o sea, el acontecimiento salvífico del Emmanuel, la que había sido destinada desde la eternidad para ser su Madre ya existía en la Tierra.

Este “preceder” suyo a la venida de Cristo se refleja cada año en la liturgia de Adviento. Por consiguiente, si los años que se acercan a la conclusión del segundo Milenio después de Cristo y al comienzo del tercero se refieren a aquella antigua espera histórica del Salvador, es plenamente comprensible que en este período deseemos dirigirnos de



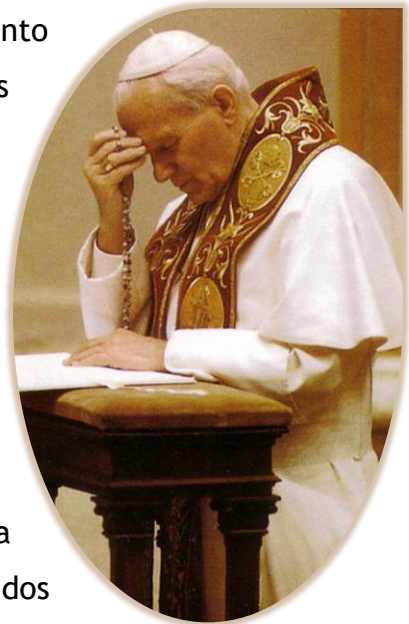
modo particular a la que, en la “noche” de la espera de Adviento, comenzó a resplandecer como una verdadera “estrella de la mañana” (“Stella matutina”). En efecto, igual que esta estrella junto con la “aurora” precede la salida del sol, así María desde su concepción inmaculada ha precedido la venida del Salvador, la salida del “sol de justicia” en la historia del género humano.

El Papa ve esta singular presencia de la Virgen en la historia antes y después de la Encarnación como el patrón divino que debemos captar: la presencia de la Madre en la historia de la Iglesia. Con su mediación materna prepara los momentos de gracia, precede las manifestaciones y movimientos de gracia.

Muy particular fue el hecho de que en el Año Jubilar, el Papa quiso en mayo y octubre, dos meses marianos por excelencia, viajar a Fátima para la beatificación de los pastorcitos el 13 de mayo, entregó su anillo a los pies de la Virgen. Y la Renovación de la Consagración el 8 de octubre: *“La alegría jubilar no sería completa si la mirada no se dirigiese a Aquella que, obedeciendo totalmente al Padre, engendró”*.

EL AÑO DEL SANTO ROSARIO

Muy evidente fue la devoción del Santo Padre al rezo del Santo Rosario. Estableció en el Vaticano todos los primeros sábados de mes el rezo del Santo Rosario. De ahí, estableció la costumbre de cada cierto tiempo, promover el rosario internacional: conectando cinco principales santuarios marianos del mundo. Proclamó el Año del Rosario en el 2002: “Puso una corona mariana al Jubileo del 2000”. Con dicha proclamación introdujo los cinco misterios luminosos: nos dio la carta apostólica *“Rosarium Virginis Mariae”*. Con todo esto, el Santo Padre propuso una verdadera revolución espiritual mariana al rescatar con sólidos argumentos teológicos y pastorales el valor del Santo Rosario.



El Papa señaló que el Rosario, que ha sido difundido gradualmente en el segundo milenio por numerosos santos y fomentado por el Magisterio, “sigue siendo también en este tercer milenio apenas iniciado, una oración de gran significado, destinada a producir frutos de santidad”. Especialmente cuando el camino espiritual de la Iglesia es “remar mar adentro” (“¡Duc in altum! Novo Millennio Ineunte”, 58) para proclamar a Cristo Señor y Salvador, Camino, Verdad y Vida, la meta y fin de la historia humana.

EL ROSARIO

- Oración, aunque de carácter mariano es centrada en Cristo. A Jesús por María.
- Compendio de todo el mensaje evangélico.
- Con él aprendemos de María a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la grandeza de su amor.
- A través de él se obtienen abundantes gracias, como recibíendolas de las mismas manos del Redentor; o sea, en el rosario experimentamos la mediación materna de María.

El Papa revela: *“Esta oración ha tenido un puesto importante en mi vida espiritual desde mis años jóvenes”. ¿Qué entregaba a cada persona que se encontraba con él? Un rosario. “Mi oración preferida por su sencillez y profundidad”.*

CONSAGRACIÓN MARIANA

Consagrarse es entrar en alianza, en comunión profunda de corazón con el Corazón Inmaculado, para así ser llevados a alcanzar una plena comunión de corazón con el Corazón de Cristo. “Debemos permanecer en alianza con el Corazón de Jesús a través del Corazón Inmaculado de María”. Se dedicó a llevar a toda la Iglesia hacia una profunda unión espiritual con Cristo a través de María, por medio de la Consagración Total. Se ha dedicado a despertar en toda la Iglesia, el amor y la devoción filial a la Santísima Virgen.



San Juan Pablo II hizo de la consagración mariana un punto clave en su vida personal y en su misión petrina. Un famoso mariólogo, **Stephano D'Fiores**, dijo: *“Si los últimos Papas han hablado favorablemente sobre la Consagración Mariana, Juan Pablo II la ha hecho una de las características claves de su Pontificado. Para Juan Pablo II, la consagración Mariana es un punto elemental en su programa de vida espiritual y pastoral”*.

Su profunda piedad mariana, teológicamente enriquecida, llevó a San Juan Pablo II hacia una espiritualidad de profunda confianza. Es este sentido de confianza lo que llevó al Santo Padre a pronunciar estas palabras en Czestochowa en 1979, en el monasterio de Jasna Gora, durante su primera peregrinación a Polonia: *“Soy un hombre de una gran confianza, aquí aprendí a serlo. Aprendí a ser un hombre de profunda confianza aquí, en oración y meditación frente al gran ícono de María, la primera discípula: ‘Hágase en mí según tu Palabra’ ”*.

Al descubrir que Cristo mismo lo ha confiado al cuidado materno de María, comprende que a tal amor materno solo puede responder con la entrega total y generosa de sí, al Corazón de la Madre. “Y ya que María fue dada como Madre personalmente a él, el discípulo responde con ‘la entrega’. La entrega es la respuesta al amor de una persona, y, en concreto al amor de la madre. Entregándose filialmente a María, el cristiano, como el apóstol Juan, introduce a María en todo el espacio de su vida interior, es decir, en su yo humano y cristiano”.

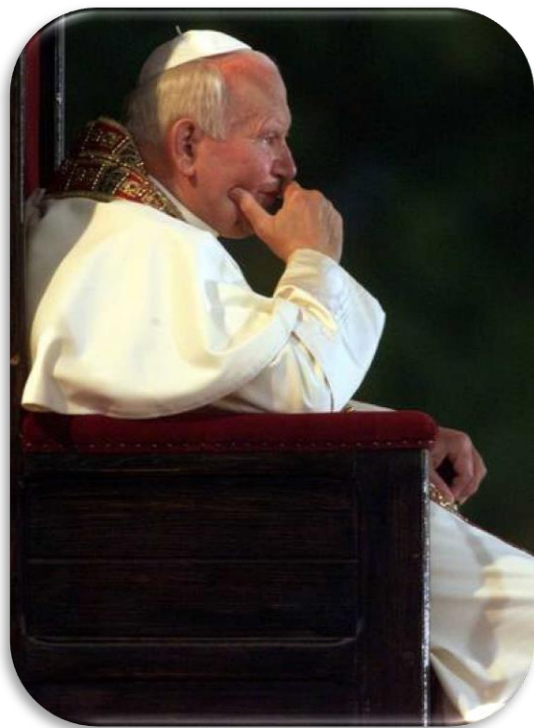
PARA SAN JUAN PABLO II, LA CONSAGRACIÓN ES CRUCIAL PARA MANIFESTAR EL PODER DE MARÍA PARA INTERVENIR EN LA HISTORIA HUMANA

Quizás podríamos encontrar la explicación en el retiro que él dio al Beato Pablo VI y los miembros de la Curia en 1976: *“La experiencia de los fieles ve a la Madre de Dios como a la que está, de manera especial, unida a la Iglesia en los momentos más difíciles de su historia, cuando los ataques hacia ella se hacen cada vez más amenazadores. Esto está en plena concordancia con la visión de la mujer revelada en Génesis y en el Apocalipsis. Precisamente en los períodos en que Cristo, y por lo tanto su Iglesia, son*



el signo de implacable contradicción, María aparece particularmente cercana a la Iglesia, porque la Iglesia será siempre el Cuerpo Místico de Su Hijo... En estos períodos de la historia surge la particular necesidad de confiarse, de consagrarse a María. Dios Padre confió a su único Hijo a la humanidad. La criatura humana a quien Él le confió primero a su hijo, fue María. Y hasta el fin de los tiempos ella permanecerá como a la que Dios confía su misterio de Salvación”.

Para él, la consagración es vista desde el punto de vista de intervención maternal de María en la historia (especialmente en las luchas entre el bien y el mal en cada momento histórico) de cada individuo y en la historia de las naciones y del mundo entero. Él tuvo una visión clara sobre el momento histórico que atravesábamos: confiar en particular la vida de la Iglesia a la Santísima Virgen. Ella “la mujer vestida del sol”, está envuelta por designio de Dios en todas las luchas de la Iglesia en contra de los poderes de la oscuridad. “María, Madre del Verbo encarnado, está situada en el centro mismo de aquella enemistad, de aquella lucha que acompaña la historia de la humanidad en la tierra y la historia misma de la salvación”. (“Madre del Redentor”, 11).



PERFIL MARIANO DE LA IGLESIA

Si un carisma es siempre un don para el bien de la Iglesia, *¿cómo sería el carisma o los carismas de un Papa?* Su carisma era para el bien de la Iglesia Universal. Qué bello, que un carisma mariano se hubiese unido tan entrelazadamente con el carisma petrino: ¡Un papa mariano! “Un don para Roma y para el mundo entero” (Cardenal Camillo Ruini, julio 2005).

San Juan Pablo II encarna en sí mismo los dos grandes perfiles de la Iglesia: “mariano y petrino: “El Concilio Vaticano II, confirmando la enseñanza de toda la



tradición, ha recordado que en la jerarquía de la santidad precisamente la ‘mujer’, María de Nazaret, es ‘figura’ de la Iglesia. Ella precede a todos en el camino de la santidad; en su persona la Iglesia ha alcanzado ya la perfección con la que existe inmaculada y sin mancha” (cf. Efesios 5: 27). En este sentido se puede decir que la Iglesia es, a la vez, “mariana”, en que continúa el eco del fiat de María (evidente en la santidad del amor y de la vida que continúa en el corazón de la iglesia) y “apostólico-petrina”, la dimensión institucional que le da cohesión y orden al cuerpo. Los dos principios de unidad, “la dimensión mariana de la Iglesia, precede a su dimensión petrina” (Catecismo de la Iglesia Católica, 972).

Se considera uno de los grandes legados de San Juan Pablo II, entre muchos, el haber vivido, enseñado de palabras, obras y gestos, al inicio del Tercer Milenio, el “perfil mariano” de la Iglesia, que compendia en sí el contenido más profundo de la renovación conciliar. La nueva primavera de la Iglesia se da en el Cenáculo: donde Pedro, los apóstoles (y en ellos todos nosotros) estamos unidos, congregados en oración, a los pies de la Madre del Redentor y Madre de la Iglesia. Acogiendo con alegría y totalidad, el don de la presencia materna en el Corazón de la Iglesia.

